

IV

Lars Cleen, en cuanto se quedaba solo, sentíase como caído en otro mundo, más luminoso, del que no conocía sino tres habitantes y una casa, mejor dicho, un cuarto. No se daba cuenta de los enojos de Venerina. No se daba cuenta de nada. Tendía el oído a los rumores de la calle, se esforzaba en comprender; pero ninguna sensación del exterior lograba producirle una imagen precisa. La campana... sí; pero él veía con el pensamiento una iglesia de su país remoto. Un silbido de sirena... y veía al *Hammerfest* perdido en los mares lejanos...

¡Y cómo le impresionó una noche, en el silencio, la visión de la luna en el vano de la ventana! Era, desde luego, la misma luna que tantas veces había visto en su país y en los mares; pero le parecía que allí, en aquel país desconocido, hablaba a los tejados de aquellas casas, al campanario de aquella iglesia, como otro lenguaje de luz; y la contemplaba largamente, con una especie de congoja, sintiendo más aguda que nunca la tristeza del abandono y de su aislamiento.

Vivía Cleen en lo vago, en lo indefinido, como en una vaporosa esfera de ensueños... Un día, en fin, advirtió sobre la tapa del maletín tres pala-

bras escritas con yeso: "*Bet, bet, bet*", así expresadas. Preguntó por señas a Venerina lo que querían significar, y ella contestó pronto:

—¡Tú, *bet*!

Lars Cleen se le quedó mirando con ojos rientes y sorprendidos. No comprendía, o más bien no acertaba a creer que... No, no—y con las manos le indicó que tuviese piedad de él puesto que pronto había de marcharse. Venerina se encogió de hombros y le saludó con la mano.

—¡Buen viaje!

—No, no—expresó de nuevo Cleen con la mano, y le hizo señas de que se acercase: abrió el maletín y sacó una vista fotográfica de Trondhjem. Veíase, entre los árboles, la majestuosa catedral marmórea que sobresalía sobre todos los demás edificios, con el camposanto próximo, al que los fieles supersticiosos acuden todos los sábados para adornar con flores las tumbas de sus queridos difuntos.

Ella no acertó a comprender por qué le enseñaba aquella vista.

—*Ma mère, ici*...—se esforzaba en decirle Cleen, mostrándole con el dedo el cementerio, a la sombra del magnífico templo. Como don Pedro, tampoco él dominaba mucho la lengua francesa, pero de otra parte, no le servía con Venerina. Sacó entonces del maletín otra fotografía: el retrato de una joven. Venerina la miró fijamente, palideciendo. Pero Cleen se puso junto a su cara el retrato para hacer ver que aquella joven se le parecía.

—*Ma sœur*—dijo.

Esta vez, Venerina comprendió y mostró su

gozo. No trató de adivinar si aquella joven era la mujer o la novia del marinero que trajo el maletín. Le bastó saber que *L'arso* era soltero. Sí, ¿pero no iba a marcharse dentro de tres días? Estaba ya en condiciones de salir de casa, e ir a pie, por la tarde, al Muelle Viejo.

Una turba de chiquillos descalzos, harapientos, desnudos como nacieron algunos, quemados por el sol, seguía constantemente a Lars Cleen en tales paseos: lo espiaban cambiando en alta voz observaciones y comentarios que pronto se convertían en burlas. El, aturdido, deslumbrado por aquella atmósfera radiante de luz, se volvía ya al uno ya al otro, sonriente; pero a veces tenía que amenazar con el palo a los más insolentes. Después se sentaba en el coronamiento del muelle a contemplar los buques fondeados o el mar amplio, trémulo, inflamado por el reflejo de las nubes del ocaso. La gente se paraba a mirarle, mientras que él permanecía en aquella actitud, entre abstraída y extática: se le miraba como se mira una grulla o una cigüeña cansada y perdida, procedente de lo alto de los cielos. La gorra de pelo, la palidez de la cara y la extrema rubiezh de la barba y el pelo, atraían especialmente la curiosidad. Al fin, se cansaba de estar allí, y volvía a la casa, despacio, triste.

Por la carta que le dejó su amigo, en unión del dinero, sabía que el *Hammerfest*, después del viaje a América, volvería a Puerto-Empedocles, al cabo de seis meses. Ya habían transcurrido tres. Con gusto hubiera esperado para volver a embarcar en su vapor, con sus compañeros, ¿pero cómo permanecer otros tres meses así, sin razón alguna

ya, en la casa del que le había acogido? Milio había escrito ya al cónsul de Palermo, para que proporcionara a su conciudadano la repatriación gratuita. ¿Qué hacer? ¿Marchar o esperar? Decidió consultarlo con el propio Milio, una de aquellas noches, al volver de la pesca del congrio.

Venerina asistió, después de la cena, a aquel diálogo que pretendía ser en francés entre el tío y el extranjero. ¿Diálogo? Más bien se hubiera dicho disputa a juzgar por la violencia de los ademanes repetidos con exasperación por una y otra parte. Venerina, suspensa, consternada, hasta cierto punto, al ver que su tío la señalaba rabiosamente, se puso como la grana. ¿Qué? ¿Qué es lo que hablaban de ella de aquel modo? Experimentó un sacudimiento fuertísimo: la vergüenza, el ansia, el despecho, penetraron a un mismo tiempo en su espíritu. Y en cuanto se retiró Cleen, interrogó vivamente a su tío:

—¿Qué papel he pintado yo? ¿Qué habéis hablado de mí?

—¿De ti?... Nada—contestó don Pedro, rojo y jadeante tras la terrible lucha.

—¡No es verdad! Habéis hablado de mí. Lo he entendido muy bien, y tú te has puesto furioso.

Don Pedro no se había tranquilizado aún.

—¿Qué te ha dicho? ¿Qué te ha inventado?—recalcó Venerina, muy sofocada—. ¿Quiere irse? Pues déjale que se vaya. Me tiene sin cuidado, ¿sabes? ¿Me tiene sin cuidado!

Don Paranza permaneció todavía un rato mirando a su sobrina, aturdido, con la boca abierta.

—¿Estás loca? O yo...

De pronto se puso a dar vueltas por el cuarto

como si buscara la salida para escapar y dando manotazos en el vacío.

—¡Qué burro!—gritó—. ¡Qué imbécil! ¡Oh, idiota! ¡A los setenta y ocho años! ¡Madre mía!

Se volvió, se detuvo y llevóse las manos a la cabeza, a mirar a Venerina:

—Dime, ¿me preguntaste por eso... para decirle a él que yo soy un tonto, en francés también?

—No, por ti no...—contestó Venerina esforzándose en dominar el llanto y la agitación que le subían de la garganta—. ¿Qué has entendido? ¿Qué es lo que quieres decir?

—Lo que quiero decir, es que... ¡Imbécil, idiota de mí! Y me quedo corto...—tronó don Pedro furioso—. ¿Pero qué ha hecho aquí esa mona de tu tía? ¿Dormir? ¡Cochino diablo! ¿Y tú?... ¿Y ese pedazo de...? Espera, espera que le ajuste yo las cuentas ahora mismo...

Y diciendo esto se precipitó hacia la puerta del cuarto donde se había encerrado Cleen. Venerina se le adelantó rápidamente.

—¡No! ¿Qué vas a hacer, tío? Te juro que él no sabe nada. Te juro que entre él y yo no ha habido nunca nada. ¿No le has oído que quiere marcharse?

Don Pedro se quedó perplejo. Ya no entendía lo que pasaba.

—¿Quién, él? ¿Que quiere marcharse? ¿Quién te lo ha dicho? ¡Pero si es todo lo contrario! No quiere irse... ¿Me has tomado, en serio, por un tonto? Pues yo lo echaré, ahora mismo...

Venerina se le interpuso de nuevo, prorrumpiendo esta vez en sollozos y abrazándose a su tío. Don Paranza sintió que le flaqueaban las piernas.

Con la mano que le quedaba libre se santiguó:

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo—suspiró—. Ven, hija mía, ven... Vamos a tu cuarto y expliquémonos con calma... Pierdo la cabeza...

La llevó consigo a la otra habitación, la hizo sentar, le dió el pañuelo para que se enjugase las lágrimas y comenzó a interrogarla paternalmente.

Mientras tanto, Lars Cleen que había oído desde su cuarto la disputa entre el tío y la sobrina, sin comprender nada, abrió con cuidado la puerta y asomó la cabeza para mirar con una luz en la mano, la salita a oscuras. ¿Qué habría ocurrido? Solamente había comprendido los sollozos de Venerina, que le turbaron profundamente. ¿Por qué aquella disputa? ¿Y por qué lloraba así la muchacha? Milio le había dicho que no era posible que permaneciera más tiempo en la casa; no había sitio para él y además, aquella vieja loca, pintarrajeada, se había cansado... y la sobrina no podía quedarse sola con un forastero en casa... Dificultades que Cleen no acertaba a desentrañar... ¡Pero tantas otras cosas le parecían extrañas en cuanto salía a la calle, en aquel país! Lo cierto era que tenía que marcharse sin esperar el vapor. Y perdería su puesto de contramaestre... ¡Marchar! ¿Lloraría por eso su amiguita enfermera?

Hasta muy avanzada la noche, Lars Cleen estuvo sentado en la cama, pensando, fantaseando... Parecía ver a su hermana..., la veía... ¡oh!, sólo ella ya le quería verdaderamente en el mundo... Y aquella otra muchacha que... ¿sería posible?

—¿Esta? ¿Y querrías tú?...

¡Quién sabe! Siempre que regresaba a su pa-

tria le repetía su hermana que gustosamente preferiría no verle más en la vida si él, en uno de sus viajes lejanos, se enamoraba de una buena muchacha y se casaba con ella. Tanta tristeza le daba verlo así, casi sin voluntad en la vida, abandonado al azar de la suerte, expuesto a todas las vicisitudes, presto a los mayores riesgos, sin ningún cuidado de sí, como aquella vez que al cruzar el océano tempestuoso se arrojó del *Hammerfest* para salvar a un compañero. Así fué, y sin mérito alguno, porque su vida no tenía ningún valor para él.

¿Y ahora, allí?... ¿Sería posible? Aquel rincón marino de Sicilia, tan lejano, ¿sería acaso la meta designada para su vida, por la suerte? ¿Habría, para esto, enfermado hasta tocar los umbrales de la muerte? ¿Para emprender allí la vía de una nueva existencia? ¿Quién sabe!...

—¿Y tú le quieres?—interrogábala cerca de allí don Pedro después de haber obtenido de Venerina, que no lograba tranquilizarse, las escasas, inciertas noticias que tenía del extranjero y la confesión de aquellos ingenuos pasatiempos de los que había nacido un amor hasta tal punto inconsolable.

Venerina se ocultó la cara con las manos.

—¿Y tú le quieres?—repitió don Pedro—. ¿Te cuesta tanto decir que sí?

—No lo sé—contestó Venerina entre sollozos.

—Pues yo sí—murmuró don Paranza levantándose—. Anda, vete ahora a la cama: procura dormir... Mañana, si acaso... Vaya con la nueva profesión que me toca ahora desempeñar...

Y sacudiendo la lanuda testa, fué a tumbarse en el diván desvencijado.

Al quedarse sola, Venerina, con la cara muy encendida y chispeantes los ojos, sonrió; después, se tapó nuevamente la cara con las manos, se la apretó mucho, mucho y fué a echarse vestida en la cama.

No sabía realmente si le amaba. Pero mientras tanto, besaba y abrazaba la almohada. Trastornada por aquella escena imprevista, a la que se dejó llevar por una mala inteligencia de su amor propio herido, no acertaba a ver claro todavía en sí misma, respecto a lo ocurrido. Un sentimiento punzante de vergüenza le impedía alegrarse de aquella explicación con su tío, tal vez inconscientemente deseada por su corazón, después de tantos meses de suspensión sobre un pensamiento, sobre un sentimiento, que no lograba tomar cuerpo en la realidad, afirmarse de alguna manera... Ahora se lo había confesado a su tío, y ciertamente hubiera experimentado un gran vacío de haberse marchado Cleen; sentía horror del mortal tedio en que hubiera recaído al quedarse sola en la desnuda y silenciosa casa; por esto se felicitaba de que el tío estuviese ahora con ella para pensar, para escoger el modo de vencer, si era posible, todas las dificultades que hasta entonces habían tenido en suspenso su sentimiento.

¿Pero podían ser vencidas tales dificultades? Cleen, aunque allí presente, le parecía muy lejano. Hablaba una lengua que ella no entendía; tenía en el corazón, en los ojos, un mundo remoto que ni siquiera adivinaba ella... ¿Cómo retenerle allí? ¿Podía ser esto? ¿Y podía él avenirse a permanecer toda la vida, fuera de su mundo, por ella? Quería quedarse, sí, pero sólo hasta el arribo del

vapor de América... De otra parte, era ostensible que ningún vivo afecto lo atraía a su patria; porque, en otro caso, al escapar milagrosamente de la muerte, hubiera pensado en repatriarse en seguida. Si quería esperar, era señal de que también él debía de sentir..., ¡quién sabe!, tal vez el mismo afecto hacia ella, suspendido en la incertidumbre de la suerte y del porvenir...

Entre pensamientos distintos se agitaba don Pedro en el diván que crujía con todos sus muelles descompuestos. Los muelles rechinaban y don Pedro resoplaba:

—¡Locos, locos! ¿Cómo habían hecho para entenderse, si el uno no sabía una palabra de la lengua de la otra? Y sin embargo, se habían entendido, ¡estaba claro! ¡Milagros de la locura! Se amaban, se amaban, sin pensar que los peces del tío imbécil no podrían asumir desde el mar la responsabilidad y la incumbencia de proveer a los gastos del matrimonio y mantener una nueva familia... Menos mal que él...

—¡Eso! Si el patrón Di Nica quisiera... Mañana se verá... Durmamos.

Hacía buenos negocios con su vaporcito, Agustino Di Nica. Tanto, que había pensado ampliar su comercio hasta Túnez y la Isla de Malta y, con tal objeto, encargó al Arsenal de Palermo la construcción de otro vaporcito, algo mayor, que pudiese servir también para el transporte de pasajeros.

—Tal vez—seguida pensando don Pedro—pueda servirle un hombre como *L'arso*. Sabe el francés mejor que yo, y el inglés muy bien. Además, es un lobo de mar. O como intérprete o como mari-

nero, con tal de que le embarque y le dé para vivir y mantener decentemente una familia. Mientras tanto Venerina le enseñará a hablar en cristiano. Parece que ella hace milagros con su método... Ya no puedo dejarles solos. Mañana le llevaré a ver al patrón Di Nica, y si la proposición es aceptada, esperará, si quiere, pero viniendo conmigo todos los días a la pesca; si no es aceptada, preciso es que se marche en seguida, cuanto antes. Mientras tanto, durmamos.

¡Pero qué dormir! Parecía que las puntas de los muelles insubordinados se habían erizado más aquella noche, compenetrados con las dificultades con que don Paranza luchaba.

V

Desde hacía unos quince días, Lars Cleen acompañaba mañana y tarde, a la pesca, a don Pedro: salía con él y con él volvía.

Di Nica, con muchos *si...*, con muchos *pero*, había aceptado lo que le propuso Milio como una verdadera ganga (¿y las consecuencias?). El nuevo vaporcito estaría listo dentro de un mes a lo sumo, y Cleen embarcaría en él en calidad de intérprete, a prueba el primer mes.

Venerina insinuó a su tío que Cleen no se había explicado aún con ella claramente, y le recomendó, por lo tanto, que obrase con la mayor delicadeza, indicándole con toda circunspección que hablara y se explicase. El pobre don Paranza, resoplando más que nunca, ante el nuevo contratación, había ido solo a ver a Di Nica, y logrado su propósito, volvió a casa a ofrecer a Cleen aquel puesto de intérprete, añadiendo en su francés bárbaro, que, si quería quedarse como le había manifestado que deseaba, si quería quedarse allí hasta el regreso del *Hammerfest*, había de ser con la condición de que trabajase; él le había proporcionado el medio. Más adelante, cuando el vapor hubiera llegado de América, se encontraría con dos colocaciones; y entonces que eligiera entre una y otra, la que más le conviniera. Mientras tanto, en la espera, le requería que fuese con él todos los días a pescar.

La proposición dejó confuso, perplejo, a Cleen. Le pareció claro que la escena de aquella noche entre el tío y la sobrina había surgido por él, por su próxima marcha, y que por él había llorado su querida enfermera. Así, pues, aceptar y comprometerse hubiera sido todo uno. ¿Pero cómo rechazar aquel beneficio, después de las atenciones y afectuosas solicitudes de ella? ¿Un beneficio ofrecido de aquel modo, que todavía no le ligaba para nada, que le dejaba en libertad de elegir, en libertad de mostrarse o no agradecido a cuanto por él habían hecho?

Ahora, todas las mañanas, al levantarse del diván con los huesos doloridos, don Pedro se exhortaba así:

—¡Animo, don Paranza! ¡A la doble pesca!

Y preparaba los utensilios: las dos cañas, una para él, otra para *L'arso*; el cebo, los anzuelos: sí, para los peces estaba bien provisto; pero, ¿dónde estaba el aparejo para la otra pesca: la del marido para la sobrina? ¿Quién le echaba el anzuelo para sacarlo a hablar?

Se detenía en medio de la estancia, con los labios apretados, los ojos torvos, y después exclamaba, agitando las manos:

—¡El anzuelo francés!

¿Pero cómo iba a soltarle un discurso en francés, cuando ni siquiera hubiera podido decirlo en siciliano?

—*Monsiurre, ma nièsse...*

¿Y después? ¿Cómo decirle clara, terminantemente que aquella simplona se había enamorado o encaprichado de él?

Noruega y el cónsul de Palermo le hubieran

resarcido de los gastos, probablemente; pero, ¿quién le indemnizaba de aquel otro contratiempo?

—¡Cochino diablo! ¡Pues él mismo! ¿No me ha encendido el fuego en casa? ¡El que con fuego juega, se quema!

Ya le hubiera hecho perder él ese aire de bobalicón, de inocentón caído del cielo. Y allí, en la escollera del puerto, mientras que ponía nuevo cebo a los anzuelos, se volvía para mirar a *L'arso* que, sentado a poca distancia, en una roca, fijaba sus ojos claros en el corcho flotante sobre el intenso azul del agua, resplandeciente de vivos cabrilleos.

—¡Eh, *mossieur* Cleen, eh!

Como mirar, sí miraba al corcho; ¿pero lo veía? Parecía distraído.

Cleen, al oír la llamada, diríase que se despertaba de un sueño y le sonreía; después, sacaba con precaución del agua el sedal, creyendo que Milio le había llamado para que esto hiciese, y volvía él también a armar los anzuelos, quién sabe ya desde cuanto tiempo sin cebo.

¡Ah! ¡Buena andaba así la pesca! El mismo don Paranza, mientras pensaba y meditaba sobre el modo y manera de abordar tan difícil y delicado asunto, dejaba que los peces se comieran el cebo: se distraía, no veía ya el flotador, no veía ya el mar, sólo volvía a sus cabales cuando alguna ola se deslizaba rumorosa por entre las peñas. Irritado, levantaba entonces la caña, y sentía ganas de dar con ella en la cabeza de aquel ingrato. Pero lo que más le irritaba era la exclamación que Cleen había aprendido de él y repetía a menudo, sonriendo, al alzar a su vez la caña:

—¡Cochino diablo!

Don Paranza, olvidándose en aquel momento de hablarle en francés, prorrumpía:

—¡Pero eso de cochino diablo lo digo ahora en serio! ¡Y tú te ríes, majadero! ¡A ti que más te da!

No, aquello no podía durar: a más de no conducir a nada, le llenaba de bilis.

—¡Que se las arreglen ellos, si quieren!

Y se lo dijo una de aquellas noches a su sobrina, al volver de la pesca.

No esperaba que Venerina acogiese, como lo hizo, con una carcajada y lleno de alborozo el rostro, la airada declaración del fracaso de él.

—¡Pobre tío!

—¿Te ríes?

—Claro que sí.

—¿Os habéis entendido ya?

Venerina se ocultó el rostro con las manos, afirmando varias veces con la cabeza, vivamente. Don Paranza, aunque contento en el fondo, aligerado de aquel peso cuando menos se lo esperaba, montó en cólera:

—¿Cómo? ¿Y no me decías nada? ¿Y me has tenido martirizado varios días? ¡Y él, también él, mudo como un pez!...

Venerina apartó las manos de su cara.

—¿No te ha dicho nada tampoco hoy?

—¡Como un pez, te digo! ¡Un bacalao!—gritó don Paranza en el colmo del enojo—. ¡Tengo el hígado hinchadísimo, con toda la bilis de estos días!

—Le habrá dado vergüenza...—alegó Venerina tratando de excusarle.

—¡Vergüenza! ¡Un hombre!—exclamó don Pedro—. Ha hecho que se rían a mi costa todos los peces, el mar entero... Llámale, haz que me lo diga esta misma noche: no basta con que te lo haya dicho a ti.

—Pero no le pongas esos ojos...—le recomendó Venerina, sonriendo.

Don Paranza se aplacó, movió la cabeza lanuda y murmuró:

—¡Si yo soy!... Ya lo sabes tú, mejor que nadie... Pero, dime, ¿cómo te las has arreglado sin saber francés?

Venerina se puso muy encarnada, se encogió ligeramente de hombros y chispearon sus ojazos negros.

—Así—dijo con ingenua malicia.

—¿Y cuándo?—insistió su tío.

—Hoy mismo, cuando volvisteis a mediodía, después de comer... El me cogió una mano... yo...

—Bueno, bueno...—masculló don Paranza que en su vida había cortejado a mujer alguna—. ¿Está la cena?... Ahora le hablaré yo...

Venerina se recomendó a él con la mirada, y se marchó presurosa. Don Pedro pasó al cuarto de Cleen. Este se encontraba con la frente apoyada en los cristales del balcón, mirando, pero sin ver nada. La plazoleta estaba en sombras, y desierta a tal hora. Los faroles de petróleo holgaban aquella noche: del alumbrado público estaba encargada la luna. Al sentir que se abría la puerta, Cleen se volvió sobresaltado. ¡Quién sabe en qué estaría pensando!

Don Paranza se plantó en medio de la habitación, con las piernas abiertas y moviendo la ca-

beza: hubiera querido enjaretarle un sermón de tío gruñón; pero sintió de pronto la dificultad de un discurso en francés, en consonancia con la expresión hosca que había dado a su cara y la actitud adoptada. Reprimió con esfuerzo un solemnísimos resoplido de impaciencia, y comenzó diciendo:

—*Mossieur Cleen, ma nièsse m'a dit...*

Cleen sonrió tímido, turbado, e inclinó ligeramente la cabeza varias veces.

—*¿Oui?*—siguió don Paranza—. Está bien...

Extendió los índices de las manos y las juntó repetidamente, para significar: "Marido y mujer..., unidos..."

—*Vous et ma nièsse... mariage... oui?*

—*Si vous voulez...*—contestó Cleen, abriendo las manos, como si no estuviese bien seguro del consentimiento.

—¡Oh, por mí!—se le escapó, en italiano, a don Pedro. Se corrigió en seguida—: *Très heureux, mossieur Cleen, très heureux. C'est fait! Donnez-moi la main...*

Estrecháronse la mano. Así quedó concertada la boda. Pero Cleen permaneció perplejo. Sonreía con trémula sonrisa, ante aquella rara situación en que había caído sin una volición bien definida y consciente. Le agradaba, sí, aquella sicilianita morena, tan expresiva..., con aquellos ojos de sol...; le estaba agradecidísimo por su cariñosa asistencia..., le debía la vida, cierto... ¿Pero, su mujer, realmente? ¿Ya decidido?

—*Maintenant*—añadió don Paranza en su francés—, *je vous prie, mossieur Cleen: cherchez, cherchez d'apprendre notre langue... je vous prie...*

Venerina vino a llamar a la puerta con los nudillos:

—A cenar.

Aquella noche los tres estuvieron violentos en la mesa. Cleen parecía haber caído de las nubes; Venerina, con la cara arrebatada y muy nerviosa por la turbación interior, no acertaba a mirar ni a su prometido ni al tío. Se le enturbiaban los ojos al encontrarse con los de Lars y se bajaban al punto. Sonreía, para responder a la sonrisa de él, no menos turbado, pero de buena gana se hubiera largado a encerrarse sola en su cuarto, a echarse sobre la cama para llorar..., sin saber por qué.

“Si mi sobrina no está loca, no hay locos en el mundo”—pensaba al lado de ella don Paranza, igualmente violento e ingiriendo trabajosamente la frugal cena.

Pero después, Cleen, con cierto encogimiento, le rogó que tradujese a Venerina una frase amable, que no hubiera sabido él expresar, y luego Venerina, tímida y ruborizada, le rogó que le diera las gracias y le dijese...

—¿Qué?—preguntó don Paranza abriendo mucho los ojos.

Y como, tras aquel primer cambio de frases la conversación entre los dos novios iba a continuar por mediación del tío, éste, dando un puñetazo en la mesa, exclamó:

—¿Pero qué papel estoy yo haciendo aquí? Ingeniaros para hablar entre vosotros.

Se levantó, entre las risas de los dos jóvenes y fué a fumarse una pipa en el diván, murmurando para sus lanudas barbas su *cochino diablo*.

VI

El vaporcito de Di Nica volvía, la última noche del mes de Mayo, de su tercer viaje a Túnez. Dentro de una hora, al amanecer, el vaporcito atracaría al Muelle Viejo. A bordo dormían todos menos el timonel, a popa, y el segundo, de guardia en el puente.

Cleen había dejado su litera, y desde hacía un rato estaba en el castillete, contemplando la luna declinante a través de las jarcias, que vibraban al sacudir cadencioso de la máquina. Experimentaba una sensación de opresora angustia, allí, en aquella cáscara de nuez, en aquel mar cerrado, y también..., sí, también la luna le parecía más pequeña, como más lejana, como si la mirase él desde aquel destierro suyo, mientras que se mostrara grande allá, sobre el océano, entre los obenques del *Hammerfest*, desde donde alguno de sus compañeros la miraba acaso en aquel momento. ¿Quién estaba de guardia, a la hora aquella, en el *Hammerfest*? Cerraba los ojos y veía uno a uno a todos sus compañeros: los veía salir de sus escotillas: veía, veía con el pensamiento a su buque como si estuviera en él: blanco de salitre, majestuoso y sonoro... Oía el badajo de la campana de a bordo; aspiraba el olor particular de su antigua litera; se reconcentraba pensando, fantaseando...

Luego volvía a abrir los ojos, y entonces, no ya lo que había pensado y fantaseado le parecía un sueño, sino aquel mar, aquel vaporcillo y su presente vida. Y le invadía una profunda tristeza, una sensación angustiosa de humillación. Los nuevos compañeros no le querían, no le comprendían ni deseaban comprenderle: se burlaban de él por su manera de pronunciar las pocas palabras de italiano que había llegado a aprender; y él, para no empeorar las cosas, tenía que reprimir su interna tristeza al sonreírse de aquella vulgar y estúpida mofa. Pero, paciencia. Con el tiempo, su situación mejoraría. Poco a poco, con el uso continuo y la ayuda de Venerina, llegaría a hablar correctamente. Su porvenir estaba escrito: allí, en ese pueblo, en ese cascarón y por ese mar, toda la vida...

Incierto, como aun se sentía en la nueva existencia, no acertaba a imaginar nada preciso para lo futuro. ¿Puede crecer un árbol, si todavía son escasas y poco sólidas sus raíces en el suelo? Pero lo cierto era que allí, y para siempre, le había trasplantado la suerte.

El *Hammerfest*, que debía volver de América a los seis meses, no había vuelto. La hermana de Cleen, a la que había escrito para notificarle su grave enfermedad y anunciarle su noviazgo, le contestó, de Trondhjem, con una larga carta llena de angustia y de alegre sorpresa a la vez. Decía también que el *Hammerfest* recibió en Nueva-York una contraorden, y había sido fletado para un viaje a la India, según le escribió su marido... ¡Quién sabía, pues, si volvería a verlo más!... ¿Y a su hermana?

Se levantó para sustraerse a la opresión de

aquellos pensamientos. Clareaba. Las estrellas se habían apagado en el cielo crepuscular; la luna se desvanecía poco a poco. Allá, encendida aún, la linterna verde del Muelle.

Don Paranza y Venerina esperaban en el muelle la llegada del vaporcito. Durante los dos días que Cleen permanecía en Puerto-Empedocles, don Pedro no iba a pescar: tenía que vigilar a los novios, porque la tonta de doña Rosalía no quería prestarse a ello: primeramente, porque era soltera (y habrían herido su pudor las expansiones de los enamorados); después, porque aquel forastero le inspiraba reserva.

—¿Tiene usted miedo de que la coma?—le gritaba don Paranza—. ¿No quiere comprender que es usted un montón de huesos?

Doña Rosalía no quería comprenderlo. Tampoco había querido desprenderse de nada, en aquella ocasión, ni de una sortijilla, de tantas como tenía, para demostrar de alguna manera su complacencia a su sobrina.

—Después..., después...—decía.

Ya que a la fuerza, un día u otro, había de ser Venerina la heredera de cuanto ella poseía: de la casa, de la finquita de Monte Cioccafá, del dinero y de los muebles, y también de las ocho colchas de lana que ella había confeccionado con sus propias manos, con la esperanza no desvanecida aún de abrumar con ellas a un pobre marido.

Don Paranza estaba indignado ante aquella avaricia; pero no quería que Venerina faltase al respeto a su tía.

—Es hermana de tu madre. Además, por ley natural, faltaré yo antes que ella, y de mí no tienes

nada que esperar. Te quedará ella, y es preciso tenerla contenta. Haz que tu marido le haga un poco la corte, y verás cómo os ayuda. Ve, de otra parte, que Dios no nos abandona, aunque no haya de prestar mucha atención a un tonto como yo.

Había enviado, en efecto, el consulado de Noruega los dinerillos correspondientes a la asistencia prestada a Cleen.

Con ellos había podido comprar don Paranza algunos modestos muebles, los más indispensables, para instalar lo mejor posible la casa de los esposos. También habían llegado de Trondhjem los papeles de Cleen.

Aquella mañana, Venerina estaba muy contenta y muy impaciente por enseñar a su novio su nueva casita, ya puesta en orden. Pero cuando el vaporcillo hubo atracado al muelle, y pudo Cleen desembarcar, su contento se vió de pronto perturbado por la rabia, al oír el saludo que los marineros dirigían, casi maullando, a Cleen:

—*Bon cion, bon cion...*

—¡Brutos, imbéciles!—dijo ella entre dientes, mirándolos con ojos fulminantes.

Cleen sonrió, y entonces Venerina se encolerizó más.

—¿Pero no sirves para romper los morros a uno de esos, di? ¿Te dejas burlar así, sonriendo, de esos pelagatos?

—¡Calla!—dijo don Paranza—. ¿No ves que son bromas de compañeros?

—¡Pues no las quiero!—replicó Venerina enojadísima—. Que gasten esas bromas entre ellos y no, estúpidamente, con un forastero, que no puede contestarles en el mismo tono.

Casi se sentía puesta en ridículo ella también. Cleen la miraba y le parecía que las fulminantes miradas de ella estaban preñadas de pasión hacia él: agradábale aquel ardimiento; pero cada vez que le ocurría expresarle lo que sentía o confiarle algo, parecíale tropezar contra un muro, y callaba y sonreía, sin comprender que su placentera bondad, en ciertos casos, no podía complacer a Venerina.

¿Tenía él la culpa de que los demás fuesen unos mal educados? ¿De que todavía no pudiera salir a la calle sin que le acosara una turba de chiquillos?

Si los amenazaba era peor; desbandábanse entre gritos, denuestos y algarabía.

Venerina estaba furiosa.

—¡Estropea a alguno! ¡Da una buena lección! ¿Es que te vas a convertir en el hazmerreir del pueblo?

—¡Bonitos consejos, en vez de recomendar prudencia!—exclamaba don Pedro.

—¿Con unos perros así? Hay que tratarlos a palos.

—Calma, calma, no te sofoques... En cuanto *L'arso* haya aprendido...

—¡Lars!—gritaba Venerina, enfureciéndose entonces también con su tío, por llamar a su novio de aquel modo, como todo el pueblo.

—¿Qué más da?—decía don Pedro encogiéndose de hombros.

—¡Cámbiate el nombre!—replicaba Venerina, exasperada, volviéndose a Cleen—. ¡Será muy agradable oírse llamar la mujer de *L'arso*!...

—¿Y no te llaman ahora la sobrina de *don Pa-*

anza? ¿Qué mal hay en ello? El, *L'arso*, y yo, *Paranza*. ¡A mucha honra!

Ya no se reía Venerina al enseñar el italiano a su novio: lo hacía más bien con una especie de rabia.

—¿Lo ves?—le decía—. Por eso se burlan... ¡Se dice así!... ¡Claro, más claro!... ¿Tanto te cuesta, María Santísima?

El pobre Cleen—¿qué iba a hacer?—sonreía, apacible, y procuraba pronunciar mejor. Pero a los dos días tenía que volver a marcharse; y de aquellas lecciones, tan a menudo interrumpidas, no sacaba todo el provecho que Venerina hubiera deseado.

—Eres muy torpe, querido...

Estas discusiones le parecían pueriles a don Pedro, condenado a estar de guardia, y se aburría. Su presencia, en cambio, violentaba a Cleen, que no podía comprender para qué le necesitaban. ¿No era él ya el prometido de Venerina? ¿No podía salir solo con ella, de paseo, ir por la meseta, por el campo? Lo propuso un día; pero la misma Venerina le sorprendió, al preguntarle:

—¿Estás loco?

—¿Por qué?

—Aquí, a los novios, no se les deja solos ni siquiera un momento.

—Se requiere el vigía—murmuraba don Pedro.

Y Cleen se sentía molesto por todas aquellas constricciones que empequeñecían su espíritu y le confundían. Empezaba a experimentar una sorda irritación, un secreto desagrado al verse tratado, en aquel lugar, y considerado casi como un estúpido, y temía llegar realmente a serlo.

VII

Pero que no era tonto lo sabía muy bien el patrón Di Nica, por la manera con que desempeñaba los encargos y los asuntos con aquellos ladrones de agentes de Túnez y de Malta. Lo callaba—según su costumbre—, no por callar el mérito y las alabanzas, sino por las consecuencias de las alabanzas, ¿eh?

Juzgó, sin embargo, demostrarle cumplidamente lo satisfecho que estaba de él concediéndole diez días de permiso, con motivo de la boda.

—¿Poco diez días? Bastan, querido amigo—dijo a don Pedro, que se mostró disgustado—. ¡Ya verás, ya verás qué hermoso vástago te confeccionan en diez días! Lo más que puedo hacer es permitirle que, al reembarcar luego, se lleve a su mujer a Túnez y a Malta, en viaje de boda. Es un joven serio y me fío de él. No puedo hacer más.

Rechazó presuroso el ofrecimiento de don Pedro, para que fuese padrino de la boda.

—No por ese buen muchacho, compréndalo; pero, si, lo que Dios me libre, lo hiciera una vez, no haría yo otra cosa en mi vida. Nada, nada, amigo Pedro. mandaré un regalito a la novia, en atención a nuestra antigua amistad; pero le encargo que no se lo diga a nadie.